



A6 el diario austral *No No* *Montt* Domingo 21 de julio de 1991

ESPECIAL

Desmemorias *886 1307*

Distanciamiento de Enrique Lihn

Por Oscar Gacitúa González *000 187996*

(Primera parte)

Conocí a Enrique Lihn a mediados de los años 80. Yo acababa de exponer una serie de pinturas que se ocupaban del tema del "voyeurismo" y que se gestaron a partir de un poema de Enrique titulado "Monja en el subway", que forma parte del libro "A partir de Manhattan", publicado un año antes. Me enrolé en una entrevista esta "inspiración" y, por algunos amigos comunes, conocí a Enrique Lihn.

Comenzó entonces una relación muy formal. La impresión que me producía llegar a su departamento alborotado de libros en las Torres de Tajamar era la de una persona muy ocupada. Salía a abrir la puerta con los anteojos puestos sobre el polo revuelto, como un piloto, y la sensación que uno tenía era que estaba interrumpiendo un trabajo urgente o algo así. Por lo tanto la mayoría de mis primeras visitas se remitieron a quedarse en la puerta, entregarle algún libro rápido y despedirme. A la tercera vez que hice así, Enrique me detuvo y me dijo:

- Oye, ¿por qué te vas, por qué no pasas y conversamos un rato?
- Porque supongo que debes estar muy ocupado...
- No, nada que ver -dijo con un comienzo de sonrisa-, si estoy medio aburrido y nos podemos tomar un té.

Entré a ese departamento que era bastante grande y cuyo único mobiliario consistía en miles de libros apilados desordenadamente en estantes que iba del techo al suelo, algunas sillas, papeles, cuadernos, mosas con más cuadernos, alguna máquina de escribir y papeles, papeles y más papeles. Recuerdo que en medio del té y la conversa se sintió un estruendo en alguna pieza y yo me preocupé:

- ¿Qué pasó? - pregunté levantándome.
- ...No te preocupes -dijo Enrique sin impacientarse y parándose lentamente- debe ser un derrumbe de libros.

Fuimos por un pasillo hasta la pieza accidentada que estaba igualmente tapizada de libros y más libros y se había producido una avalancha de ellos sobre una cama a medio hacer. Enrique lo único que hizo fue cerrar la puerta, como quien cierra un sector de su casa invadido por ratones.

Desde entonces comenzó una amistad de esas cotidianas, con llamadas telefónicas a cada rato, llegadas a la casa sin previo aviso, y proyectos de todo tipo: revistas, libros, exposiciones, grupos que se armaban una noche y se disolvían a la mañana siguiente.

Lihn había cultivado una imagen - infundía temor, distancia, respeto y que estaba avalada por una mezcla de extraña tradición con una enorme capacidad especulativa, una arrolladora oratoria combinada con una muy buena voz (había trabajado en algún momento incluso como locutor de radio), y sobre todo con un aspecto que transmitía algo así como un constante malestar, un disgusto impercedero. Hay incluso un chiste local que dice que Enrique Lihn se despertaba una mañana después de haber dormido placidamente, iba al baño, se miraba al espejo y se encontraba con su cara despejada, placida y contenta.

- ¿Ese no soy yo? - refulguraba entonces molesto.

Se lavaba entonces los dientes y se los enjugaba con una desagradable mezcla de vinagre con jugo de limón y quedaba con esa expresión ácida que todos lo conocíamos.

Sin embargo, me fui dando cuenta que detrás de este "marketing" había un tipo de una gran calidez, que cultivaba un poco a contrapelo una cierta soledad de la que intermitente huya, y una máquina de trabajo imposible de seguir. Recuerdo que en la ocasión esa del derrumbe de libros estuvimos conversando sobre su poema "Monja en el subway" y sobre el "voyeurismo" en general, y de ahí nació la idea de hacer un libro con poemas suyos y dibujos míos sobre el tema, pero incorporar el "voyeurismo" al diseño del libro, a la gráfica, a la manera como el lector potencial del mismo tuviera que tomarlo, etcétera.

Dos días después Lihn me llamó para decirme que pasara por su casa. Había escrito en esos dos días veinte poemas para un libro que bautizó "Mirómetro", y era un libro complejo, con poemas cuyos versos se combinaban entre sí, otros que había que leerlos a través de un espejo, y otras combinaciones por el estilo.

Dos días después me volvió a llamar y yo me apresuré a decirle que aún no terminaba los dibujos.

- No... -me respondió-, si te llamaba porque estoy lateado, ¿tenis fiesta?

Peró, en realidad, esta aparente "dualidad" entre su imagen pública y la íntima no era más que la expresión de un histrionismo que es consubstancial a la obra de Lihn: el histrionismo como vehículo del deseo de "ser otro", y cuya manifestación más plena se dio en su caso sin duda en el campo de las palabras. Hay, en la poesía de Enrique Lihn, una conciencia exacerbada del "hablarse" como un sujeto de ficción, un narrador del que el autor está necesariamente distanciado, mediatizado por el lenguaje así como un actor escaramoleo su yo entre los parlamentos del dramaturgo.

Vista en su conjunto la obra de Enrique Lihn aparece - y en realidad lo es - además de extensa, variada, multifacética y a ratos contradictoria. Sin embargo, lo que mueve al autor a pisar de ese "yo lírico" de sus poemas más tempranos al lenguaje esperpéntico de Gerardo de Pomier, de la oratoria febril de El Paseo Abuzada" a la lucidez implacable de sus innumerables ensayos sobre literatura y plástica, del dibujo al video, de la novela al cómic, es ese afán obsesivo de distanciarse, de calzar al milímetro con esa definición que alguna vez hizo el lingüista Roman Jakobson del sujeto de la escritura: "el que narra no es el que escribe, el que escribe no es el que vive, el que vive no es el que existe".



Enrique Lihn.

Distanciamiento de Enrique Lihn [artículo] Oscar Gacitúa González.

Libros y documentos

AUTORÍA

Gacitúa, Oscar

FECHA DE PUBLICACIÓN

1991

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Distanciamiento de Enrique Lihn [artículo] Oscar Gacitúa González. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile